



Villa Devoto: Obras Sanitarias

por ERNESTO B. RODRIGUEZ

# Envío sentimental a VILLA DEVOTO

Hay un barrio de Buenos Aires, donde el viajero aventurero que soy se sintió una vez bien ceñido a su alma y así pudo descubrir —con el paso pausado que nace de esa rara unión de cuerpo y alma— el sentido de ciertas calles y casas que no es el habitual, es decir, el que los ojos de carne ven. Aquel sentido es de naturaleza indefinible y, si bien parte de la realidad cotidiana, expresa vislumbres de otra realidad fabulosa. Es como el espejo que al llegar al bisel quiebra su fidelidad reproductora y muestra entonces ciertos signos y luces de delirio. Eso que puede parecer personal alucinación o mero desvarío romántico pasó en Villa Devoto y fue para mí muy real en un momento único de mi vida. Barrio de Devoto, nunca tan sumergido en la melancolía de la tradición como Flores o en la melancolía señorial como Belgrano o en el aire de parque urbanizado que tiene Palermo. Villa Devoto tiene lugares que incitan a la más grande aventura: andar —como ya dije— uno con su alma. Cosa esa nada fácil, ya que, como se sabe, lo más común es andar indiferente y, en ocasiones, vivir fuera de sí: desalmado.

En aquellas calles del recuerdo —Lacar, Fernández de Enciso, Avda. América (ahora Mosconi)— algunas casas parecen tener puertas menos hostiles que las de la gran ciudad, y las ventanas reflejan en sus vidrios

antiguos, por eso bondadosos, el vago encanto de lejanos días. A veces yo he visto, en mis largos paseos de solitario que busca dar con las claves secretas del barrio, esa peregrina unión de ventana y cielo que únicamente puede reflejar el vidrio que vivió. Entonces sentía el excitante aroma de lo que fue y con él venían tímidas insinuaciones de otras vidas ocultas tras los muros, como débiles ecos de un pasado que no quería morir. Otras veces el viento traía rumores de bosque fantasmal. Era la plaza Arenales. Y cuando llovía, escuchaba el canto del agua, su eterna juventud cantando en la pureza.

En mi pesquisa desinteresada y sin embargo ardorosa pude descubrir sucesos inusitados, por ejemplo, estos: en la noche, en ciertos sitios de Devoto, las sombras no se echan solamente sobre las cosas, como sucede habitualmente, sino que de pronto se paran y construyen sus moradas u observatorios celestes, y si uno ha estado suficientemente perdido puede entrar en ellos, tomar el pulso del cielo y sus estrellas, y hasta la misma luna entonces pierde su maleficio, ese que nos vuelve lunáticos. La luna se vuelve espejo sin remordimientos. Pero también supe que esas moradas levísimas de las sombras esconden secretos laberintos, u observatorios para abajo, vericuetos por donde el atrevido aventurero puede, a veces, vislumbrar unos

# Envío sentimental a VILLA DEVOTO

fantásticos engranajes que van cambiando lentamente el alma del barrio, con su tráfico constante de nuevas vidas y nuevas muertes. Más que en otra parte, se ve en Devoto el precario fundamento de la gran ciudad, y sentimos por eso su destino frágil de mapa pintoresco o por el más cierto furor atómico de los hombres.

En esas andanzas sin destino del que busca destino, descubrí cierto día una extraña casa, pequeña, algo ruinoso y al parecer deshabitada. Ella me planteó un incitante enigma. Y yo, intentando una solución, escribí estos versos de tarjeta postal del recuerdo:

**¿Quién vive aquí, en la pequeña casa  
de ancha ventana y muro desolado?  
Mago será o filósofo apartado  
del mundo loco y con fortuna escasa.**

**Riqueza vegetal tiene sin tasa  
y al salir con su paso demorado  
debe apartar sin duda con cuidado  
la alta hierba que el umbral rebasa.**

**Aquí llegan los pájaros y dejan  
rumor de alas, pan de melodía,  
y al solitario morador festejan.**

**Nunca lo ví, y fía mi paciencia  
a través de los años verlo un día  
oir su voz y aprender su ciencia.**

En aquél lejano tiempo vivía en una antigua casona de la calle llamada Lacar. Esa casona, rodeada de alegres jardines, con un fondo frutal de naranjos y limoneros, tenía altas ventanas coronadas por singulares vidrios azules que al toque de la luz transmitían un frescor submarino a las habitaciones. En una de ellas tenía la bohemia mesa de trabajo y, frente a mí, se alzaba la cúpula renacentista, en verdoso cobre oscurecido, de la basílica de San Antonio y, más allá, adivinaba, más que veía, un juego de calles habitadas por una paz entretejida de campo, plaza y convento. Días de realidad y días de irrealidad se entrecruzaban entonces en mi vida. Esa casona estuvo largo tiempo ocupada por singulares trabajadores, por una suerte de artistas-artesanos, entre los que me contaba. Modelábamos con pacientes manos, propias de otros tiempos de bucólica paz, objetos curiosos para las mansiones de los ricos, que entonces una gran casa de decoración nos pedía. Así surgieron el pie de lámpara de osada forma, el pisapapel de bronce dorado o el cenicero nada práctico para el fumador pero de buen ver. Todas las obras brotaban de nuestras manos sin prisa, con paciente desvelo, sin atender para nada los reclamos imperiosos de la economía que signa a este tiempo, el cual, como se sabe, exige rapidez y producción en serie para triunfar en nuestro famoso mundo del toma y daca.

En aquella casona esperábamos, con esa terrible ansiedad que da el vivir a salto de mata, la visita de ciertos personajes adinerados que a veces nos compraban algo pero que, fundamentalmente, buscaban distraerse con el espectáculo pintoresco que ofrece siempre la bohemia. Los personajes se llamaban unos a otros con la misma voz amanerada, esa que da la seguridad del vivir, y nos hacían melancólica propaganda cuando decían: "Vení, vení, te vas a divertir...". También nos visitaban extraños vagabundos de la vida y el arte a los cuales recibíamos con el entrañable

afecto de los igualmente desamparados. Su visita era lo único que nos consolaba.

La casona, inciertamente habitada y elementalmente amueblada, provocó, en su momento, más que una mera curiosidad un gran alerta y sobresalto en los vecinos que no entendían qué se hacía y qué pasaba allí. Los vecinos pensaban, quizás, que lo nuestro era una reunión de anarquistas o una casa de juegos prohibidos o una célula carbonaria. Y, bien mirado, era lógico ese alerta y sobresalto. En efecto, cierto día nos vieron llegar a los tres flamantes habitantes de la casona acompañando a un mísero carrito que portaba unos pocos enseres; tan pocos y elementales eran que, naturalmente, las inevitables mujeres espías del barrio no le dieron mayor importancia pensando, con malicioso regusto de inventario futuro, que el grueso del mobiliario correspondiente a semejante casona no tardaría en llegar. Pero pasaban los días y el gran camión cargado hasta el tope que se esperaba no aparecía, conforme lo demostraban precisos espionajes desde variadas puertas y ventanas. Claro, eso llegó a provocar una gran tensión nerviosa en el barrio. Tanto que en una ocasión al ir a comprar yo no sé qué cosas en un almacén de los alrededores, una mujer se me acercó; aquella mujer de cara redonda y ojos oscuros que bailoteaban, me encaró con desesperada ansiedad diciendo: "Dígame, señor, por favor, ¿cuándo terminan ustedes de mudarse?". Su azoramiento interrogante creció al yo decirle que ya estábamos "mudados"; entonces me echó una mirada larga, mezcla de asombro y desilusión.

También debo recordar aquí a aquél inefable italiano que aparecía en bicicleta con gorra gris y mameuco azul eléctrico enarbolando gallardamente variados bártulos de limpieza. Perteneecía a la firma cloaquista de Serafín y Jerónimo Pantano denominada, graciosamente, "La Flor de Primavera". (Que esta no es historia mentirosa, sino puntual y grave, lo confirma el hecho de que aún hoy "La Flor de Primavera" figura en la guía de teléfonos). Con solícito ademán de uno de los dos Pantano —Serafín o acaso Jerónimo— pedía amablemente permiso para limpiar, el cual era, naturalmente, concedido. ¿Qué hacíamos entre tanto los artesanos-artistas? Buscábamos nuevas formas para nuestros exigentes clientes y a la par escuchábamos enajenados un disco con la música de oro de Bach, esa para la cuerda de sol que interpreta maravillosamente Casals, levantando, de tanto en tanto, la mirada hacia la cúpula verde cobre de la basílica de San Antonio, rodeada por cielos cambiantes y hermosos pero tan fugaces como la vida misma.

Una lírica y también gemebunda aventura vivimos los moradores de aquella casona; conocimos, en verdad, las grandes angustias y trasudores que tal aventura impone al pobre humano que se anima a ella. Pero ellos y yo fuimos defendidos de las malaventuras económicas y el vahido abismal de la inseguridad por algo extraño, por algo inasible, conjunción de aire y resplandor, que podía venir ya del día o ya de la noche. ¿Qué era eso? Lo supe muchos años después: era el aura del barrio que de pronto concentraba su gracia en nosotros y nos salvaba de la terrible desilusión. Allí en Villa Devoto aprendí más que en ningún otro lado el sentido salvador para la vida humana que tiene la poesía. Por eso valga este envío agradecido y sentimental a Villa Devoto, desde mi antiguo y siempre presente espíritu aventurero.



G. Pini 68.